



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

Mesa redonda 2B

Defensa de la vida

¿Es la vida un valor? ¿Por qué?

AQUILINO POLAINO LORENTE
Catedrático de Psicopatología
Director del Departamento de Psicología
de la Universidad CEU San Pablo

Introducción

El título que nos reúne en esta mesa es la «Defensa de la vida». ¿Significa esto que es preciso defender la vida humana hoy? La respuesta a la cuestión formulada depende de al menos dos factores. En primer lugar, de lo que se entienda por vida humana, sobre todo bajo la consideración de si es o no un valor y, en su caso, de qué tipo de valor se trata. Y, en segundo lugar, de si las actuales circunstancias socioculturales constituyen una probable amenaza para la vida o no.

Tengo constancia de que de este último factor se ocuparán otros participantes en este Congreso, mediante sus respectivas ponencias y comunicaciones. Tal vez por eso el autor de esta colaboración ha considerado que era pertinente ocuparse del primero de los factores a los que se ha aludido, formulando y tratando de contestar a la pregunta «¿Es la vida un valor? ¿Por qué?», lo que da título de esta ponencia.

La cuestión acerca del valor de la vida

La pregunta que les animo a que se hagan es si la vida, si su vida personal, la de cada uno/a de ustedes es un valor o no. Esa respuesta debería ir acompañada de las razones en que se fundamenta, es decir,

aquellas que explican por qué han respondido en la forma en que lo han hecho. En apariencia, esta pregunta es casi de Pero Grullo, pero en modo alguno lo es si se consideran las mil y una circunstancias en que la vida humana es tratada hoy como algo carente de valor.

Para dar respuesta a esta cuestión, habría que recordar primero lo que es un valor y lo que es la vida. Hemos de partir, pues, del sujeto —la vida— y adentrarnos luego en el predicado —el valor—. Si no sabemos bien lo que es un valor ni lo que es la vida, la cuestión formulada forzosamente quedaría sin respuesta.

A mi entender, la mayoría de las personas tienen un cierto conocimiento de la vida en general, aunque se trate de un conocimiento indirecto, mediato, sólo experiencial y muy poco reflexivo.

Hasta cierto punto, puede afirmarse que saben lo que es la vida, porque les basta con mirar dentro de sí mismas para comenzar a percatarse de lo que es la vida o, al menos, un cierto modo de vida humana —la propia, la de cada uno—. Independientemente de que después volvámos sobre este asunto, permítaseme comenzar por el otro factor aquí implicado, es decir, por el concepto de valor.

¿Qué es un valor?

La teoría de los valores emerge en los siglos XIX y XX, a través de las obras de muchos filósofos (Brentano, Ehrenfels, John Dewey, Max Scheler, Nicolai Hartmann, Louis Lavelle, Frondizi y otros muchos), cuyas posiciones son muy variadas en su alcance y contenido.

Sin embargo, la noción de valor aparece ya en la filosofía griega. En el pensamiento platónico, el “ser” y el “valor” se equiparan. El “ser verdadero”, las Ideas, poseen un valor eminente y tienen la mayor dignidad. Por el contrario, el no ser se equipara con la ausencia de todo valor. De aquí que todo lo que es, en cuanto que es, vale.

Según esta equiparación, el ser es suficiente y determinante del valor. Los valores son seres en sí, entidades ideales pero de una idealidad “existente”, perfecciones absolutas y absolutas existencias. Los bienes lo son por el solo hecho de participar en determinados valores.

En esta posición intelectualista se apela a sólo la razón —en contra la sensibilidad—, que es la que descubre el valor, además de identificar el valor con la idealidad de los objetos ideales.

El valor no reside sólo en la actividad de una conciencia, sino también en la cosa, lo que le independiza, en cierto modo, de las pre-

ferencias, representaciones y deseos de la persona. El valor se refiere siempre a la existencia, pues como afirma Louis Lavelle «lo que vale no puede ser sino la existencia misma en tanto que se quiere y quiere sus propias determinaciones». La teoría de los valores, según esto, constituye más una profundización que una sustitución de la metafísica.

«Los valores —escribe Ferrater Mora, 1979— son objetivos y no dependen de las preferencias individuales. Los valores mantienen su forma de realidad más allá de toda apreciación y valoración. Los valores no se fundamentan en los actos de agrado o desagrado [relativismo], como tampoco son el fundamento de todos los actos [absolutismo]. No tiene valor lo meramente deseable, como tampoco lo deseable es en función de lo valioso. La objetividad del valor manifiesta precisamente su autonomía respecto a cualquier estimación subjetiva. La ontología del valor no es un mero sistema de preferencias subjetivas calificadas como “cosas preferibles”, pero tampoco es la de los seres absolutamente trascendentes.»

Los valores no son independientes, pero su dependencia no ha de entenderse como una mera subordinación a instancias ajenas, sino más bien como una no independencia ontológica, como la necesaria adherencia del valor a las cosas. Los valores hacen siempre referencia al ser y son expresados como predicaciones del ser.

La vida humana: entre el valor y la utilidad

El valor de la vida humana está hoy en una situación un tanto paradójica, probablemente porque en el uso coloquial del lenguaje, el término valor ha perdido su sentido y denota sólo un significado material. En el concepto actual de valor hay, además, una confusión añadida: la de usar ese concepto como sinónimo de dinero, bienestar o poder adquisitivo.

En la perspectiva del mercado, se entiende por valor la cualidad de una cosa que la hace susceptible de valoración económica por la posibilidad de satisfacer ciertas necesidades humanas.

De acuerdo con este concepto, algunos entienden el valor de la vida como un valor de mero intercambio, que es evaluado sólo en función de la capacidad adquisitiva de la que la persona dispone. A lo que parece, en la actual sociedad, todo se compra y todo se vende; tanto tienes, tanto vales. Esta es la gramática parda que funciona como correa de transmisión de los supuestos valores de la vida humana.

De aquí que los únicos valores que se cotizan en bolsa sean los materiales. Esto acontece también en esa “bolsa” especial que es la conciencia humana de algunos, en la que apenas si hay un lugar para algo más (y diverso) que los valores materiales (materialismo).

Pero el concepto de valor no se agota en sólo su consideración económica. Esto es lo que sucede cuando decimos, por ejemplo, que una persona es valiosa. En este último sentido, la noción de valor hace referencia a la estimativa y a la axiología, es decir, tiene un profundo significado ético y moral.

El hecho de que sea material el único valor que, según algunos, se cotiza en bolsa es lo que en parte ha condicionado que la actual sociedad sea tan consumista y hedonista. Pero, a mi entender, esto no es del todo cierto. Y no porque yo desee que no sea cierto —que, en efecto, también lo deseo—, sino porque hay suficientes datos empíricos que así lo ponen de manifiesto.

Simultáneamente a la anterior opinión materialista acerca del valor, es raro asistir a algún acto cultural o leer un periódico, sin que uno se tropiece con el inevitable tópico —de amplia circulación y acuerdo social— de que estamos en «una crisis de valores».

De otra parte, basta con asomarse a cualquier contexto educativo privado o público, grande o pequeño—, y enseguida oiremos a padres y educadores afirmar —casi exigir— con insistencia: «¡Es preciso educar hoy en valores!». Naturalmente, se refieren a valores espirituales. El contenido de la educación en valores que se reclama se atiene sobre todo a los valores éticos y espirituales.

Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Son los valores sólo materiales? Y si son sólo materiales, ¿satisfacen o frustran la vida de las personas? No, no parece que la educación en sólo los valores materiales conduzca a la plenitud a la vida personal. Si los valores materiales satisficieran las vidas de las personas, habría un acuerdo generalizado —y no una denuncia generalizada, como la que hay— sobre este particular, y nadie hablaría de “crisis de valores”.

Si se habla tanto de crisis de valores es porque mucha gente se ha dado cuenta de que la mayor parte de los valores que hoy circulan en la sociedad y motivan a las personas son sólo valores materiales y nada más que materiales. Y, desde luego, no están conformes con ello. Hay crisis de valores, porque a las personas no les gustan los valores al uso, porque les parece que son insuficientes y tal vez nocivos para la educación de sus hijos.

Luego, si hay conciencia crítica respecto de que sólo tengan relevancia social los valores materiales y, además, alzaprimados, sobredi-

mencionados y en exceso, eso significa que los mismos valores materiales están haciendo crisis. Por consiguiente, está muy puesta en razón la «crisis de valores» de la que tanto se habla.

Pero la función de esa conciencia crítica apenas si se limita a acusar el impacto recibido, levantar un acta personal de esa misma crisis que sufren los valores, y quejarse de ello. Y, por el momento, nada más. Acaso por eso mismo la vida de este tópico se esté prolongando tanto, sin que alcance a encontrar la oportuna solución.

No obstante, la toma de conciencia de esa crisis es muy importante pues gracias a ella un día se abrirán las puertas hacia un futuro prometedor no exento de la esperanza de poder solucionar el problema.

Por ahora, sin embargo, lo más probable es que haya que hacer algo más, dado que con sólo tomar conciencia de ella no parece que sea suficiente. Es posible que la solución a esta compleja crisis de valores precise un cambio de actitudes en los adultos —especialmente en los padres y profesores— respecto del valor de la vida humana y el respeto a las personas.

De otra parte, si en el mismo contexto educativo se educara realmente en valores —es decir, en virtudes, que es lo que en verdad importa—, entonces podríamos suponer con cierto fundamento que se está atacando esta crisis y que saldremos de ella. En síntesis, que no hay otra solución que la de educar a las futuras generaciones en valores que no sean sólo materiales. Esto es lo que exige la consideración de la vida humana como un valor y no como una mera utilidad, como un fin en sí misma y no como un medio subordinado a otros fines propios o ajenos.

La reducción del valor a mera preferencia

Hay otras muchas razones que pueden servir para fundamentar el valor de la vida humana. Pero antes de entrar en ellas, convendría hacer alguna indagación acerca de la reducción del valor a mera preferencia. A partir de Nietzsche, el concepto de valor aparece ligado a las nociones de preferencia y selección. La realidad del valor es el valer. Es en esta forma sustantiva del valer (preferencia subjetiva) donde se supone que una conciencia apruebe o no algo como valioso (con valor).

La forma de realidad del valor no es —según esto— el ser ideal ni el ser real, sino el “ser preferible”. De acuerdo con esta concepción, el valor se constituye como algo preferencial e independiente de la rea-

lidad. Ciertas concepciones actuales del mundo y de la vida se han fundamentado, ciertamente, sobre lo “preferible” y sólo sobre eso.

Si el valor es algo relativo al hombre y fundado en su subjetividad y en ciertas actitudes a él vinculadas (agrado o desagrado, deseo o repugnancia, atracción o repulsión), entonces el valor de la vida dependerá de que esas actitudes queden o no satisfechas.

En esta perspectiva, no es que las cosas valgan y según su valor agraden o no, sino que es el agrado o no lo que hace que las cosas sean o no valiosas. De acuerdo con esto, es lógico que una vida hedonista sea calificada por sí misma como valiosa. Por el contrario, la vida de una persona que sufre, por ejemplo, no sólo no valdrá nada sino que se configurará como un disvalor, que es conveniente abolir.

El subjetivismo y el emotivismo ético que palpitan en estas hipótesis son sus obvias consecuencias. En esta aproximación se niega el valor de la “cosa-en-sí” (la vida) y sólo se contempla la cosa desde la perspectiva individualista del “valor-para-mí” (mi preferencia).

Tal estimación no puede constituir la esencia última del valor, pues queda desvinculada de la cosa en sí y deviene en pura independencia subjetivista y relativista (nominalismo).

El nominalismo axiológico en que se incurre en esta concepción —como el nominalismo ético, gnoseológico y metafísico, a los que se vincula— reduce los valores a algo inferior: a mero objeto de satisfacción de la persona.

Scheler (1941) no admite la teoría de la apreciación subjetiva, porque considera que la axiología no ha de confundirse con un sistema de preferencias estimativas. Y ello porque los valores son apprehendidos por una intuición emotiva, distinta de una mera apprehensión psicológica.

¿Por qué la vida humana es un valor?

Cuando era niño —hace ya algún tiempo de eso— se oía mucho una popular y pegadiza canción en la que se describían los tres valores más importantes de la vida: salud, dinero y amor. Siempre me costó aceptarlos, a pesar de que como meros indicadores de ciertas posibilidades humanas podrían ser aceptados. Pero observemos en particular cada uno de ellos.

Respecto de la salud, si la persona está enferma, es probable que rinda menos, trabaje menos, sufra más, se sienta más limitada, disponga de menos autonomía, dependa de los demás, etc. Al menos desde una

perspectiva meramente teórica esto es así, pero es posible que en la práctica no sea así o no sea forzosamente así, contemplada desde otro horizonte axiológico. Si la persona doliente no estuviera viva, entonces la salud como la enfermedad dejaría de ser, respectivamente, un valor y un disvalor. Luego la salud es un valor —y un valor muy relevante— en tanto que presupone otro valor más sólido que le sirve de fundamento y lo hace posible: la vida.

Respecto del dinero hay que afirmar que no siempre avalora a la persona, sino que a veces la empobrece y destroza, de manera que cuanto más dinero gana más humanamente se empobrece. De otra parte, no es infrecuente que el afán de dinero incremente la probabilidad, de acrecer también la avaricia. Ahora bien, transformarse en un avaro, ¿es un valor o un disvalor? Cuanto más dinero se tiene —aunque no necesariamente—, más avaro se puede ser. Entonces, habrá que concluir que el dinero (valor) por él mismo no hace a las personas más valiosas. El dinero es sin duda una condición necesaria pero no suficiente para avalorar la vida humana, aunque también puede generar el efecto contrario. En cualquier caso, el dinero es un valor condicionado y dependiente de la vida, pues sin ese fundamental presupuesto resulta imposible su apropiación por la persona.

Respecto del amor, en cambio, hay que afirmar que sí, que una vida vale lo que valen sus amores y, por consiguiente, puede y debe ser considerado como uno de los primeros valores que emergen y acompañan a la vida humana. Y eso a pesar de ser hoy un valor muy controvertido y escasamente vivido. Pero aun en ese caso, el mismo amor está también sometido a la vida. Sin vida no es posible amar ni ser amado, al menos en tanto que *homo viator*.

La conclusión respecto de estos tres valores fundamentales es la siguiente: Si no hay vida, no puede haber salud. Si no hay vida, el dinero no sirve para nada, porque no dispone de ningún destinatario. Si no hay vida, no se puede amar ni ser amado. Dicho de otra forma: la vida es el valor que fundamenta y hace posible todos los valores humanos.

La vida humana es un valor porque es una cualidad especial, no reductible a otras formas o modos de “realidad”. La vida humana es un valor porque, de algún modo, subsiste, independientemente de las valoraciones que recibe. Más aún, es ese mismo valor de la vida el que hace posible estas valoraciones.

La vida humana es un valor porque está relacionado con ciertas normas e imperativos que de ella se infieren y, por tanto, el mismo valor de la vida es normativo y metanormativo. La relación entre el “es” (de

la vida) y el “debe” (del comportamiento ético) puede comprenderse como una relación de justificación, con independencia de que las expresiones que contienen “debe” sean equiparables o no a las expresiones que contienen “vale”.

La vida humana es un valor porque, en cuanto tal, es intemporal y no viene determinado por la espacialidad, causalidad, satisfacción o insatisfacción, plenitud, etc.; porque su forma de realidad es el valer.

La vida humana es un valor porque es totalmente independiente de la cantidad. De aquí que no puedan establecerse relaciones cuantitativas —y mucho menos comparativas— entre dos vidas humanas (en sí) igualmente valiosas, con independencia de que se le atribuyan o no (para otros), socialmente, diversos grados de valor. Lo propio del valor de la vida humana es la cualidad pura.

La vida humana es un valor porque el valor de la vida (su mismo valer) no es independiente de esa misma vida. La dependencia del valor de la vida humana no debiera entenderse como subordinación a las meras preferencias, representaciones y deseos de la persona ni a los que emergen y son puestos en circulación en la sociedad, en una determinada coyuntura histórica. Y eso porque el valor de la vida humana —como se ha afirmado líneas atrás— es intemporal y no circunstanciado.

La vida humana es un valor porque la dependencia de su valor no hay que entenderla como una independencia ontológica, sino como la necesaria adherencia del valor a las cosas.

La vida humana es un valor porque hace siempre referencia al ser y es expresado como una predicación del ser, sin que ello condicione o sea condicionado por el Ser que está en su origen y del que depende y al que propende.